

KATE L. MORGAN

Mi nombre es
CAN YILMAZ



Mi nombre es
CAN YILMAZ

KATE L. MORGAN

©2020 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Kate L Morgan, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.

1

RMS Olympic, 13 de abril de 1912

Olivia sentía que nada de lo que hubiese aprendido en el pasado podría ayudarla. Ninguna de las advertencias de su padre le había servido, sobre todo porque no las había escuchado. Su verdadero enemigo no era Charles sino ella misma.

Su decisión, su constancia, cualidades poco habituales en una mujer de su estatus, le habían ayudado en el pasado a tomar acertadas decisiones, pero en ese momento de su vida, estaba perdida.

Olivia fijó la mirada en las olas que se estrellaban contra el buque. ¿Qué tenía el mar que la atraía de esa manera tan poderosa? Miró con una tierna sonrisa en los labios, la misma sonrisa que se le dedicaría a un niño que nos divierte con sus cabriolas, la forma juguetona de las olas que se estrellaban contra el casco creando una melodía rítmica que conseguía serenarla en un suave balanceo tierno.

Su vestido de noche de seda azul se arremolinaba juguetón en torno a sus piernas. Olivia sujetó la tela sin una sombra de duda en sus ojos color verde musgo, el delicado moño festivo había quedado deshecho mucho antes de que terminase la cena de gala, pero ese detalle no le importó lo más mínimo. Los mechones color miel seguían golpeando su rostro como finos latigazos de atención. Miró entonces las estrellas, y se preguntó en qué momento de su vida, se había ido todo al traste. Cerró los ojos y lanzó una plegaria, de auxilio, de fortaleza.

Siguió inclinándose más sobre la barandilla pulida de madera para observar mejor la espuma blanca que iba deshaciéndose, como se habían deshecho sus ilusiones. Al fin soltó una lágrima, un llanto que le estaba pidiendo su alma desde el inicio de esas fatídicas vacaciones. Junto a la lágrima lanzó un quejido lastimoso. Todo era por su culpa, y sus intentos de arreglar su vida iban a quedar sepultados en el abismo de la apatía.

Había tratado con ese viaje infructífero darle un nuevo impulso a su desastroso matrimonio que se moría irremediamente sin que ella pudiese hacer nada. Sus esfuerzos resultaban inútiles porque Charles seguía en la desfachatez de darlo todo por perdido. Olivia iba a tirar la toalla convencida que de Charles ya no valía los sufrimientos que ocasionaba, ni la angustia que le producían. ¿Lo mejor de su matrimonio? su hija, y los ojos de Olivia se dulcificaron al evocar el rostro tierno y feliz de Lorraine, su niña de ocho años. Ella desearía estar en ese momento con ella, y no en ese maldito viaje. No tenía que haberla dejado con Helena, el arrepentimiento llegó con lógica aunque su mejor amiga la había convencido de que debía hacer el viaje sola con su esposo para tratar de recuperar la chispa del amor que había sido apagada en el más absoluto de los olvidos. Olivia rio sin ganas, Charles estaba a punto de pedirle el divorcio para irse con otra mujer que había conocido en uno de sus interminables viajes. Maldijo su estupidez así como diez veces seguidas antes de masticar y tragarse su infortunio, era incapaz de mantener el interés de nadie. Charles se había encargado de que no lo olvidase porque había estado interesado por ella solo los primeros tres meses de matrimonio, hasta que le creció el vientre y se volvió pesada y torpe. ¿Podía una mujer ser más desdichada en su vida matrimonial? ¿Por qué les tocaba a ellas

intentar salvar lo imposible? ¿Por qué se mostraban los hombres tan volubles en sentimientos?

Dio una patada de ira al suelo de madera de la nave, y golpeó con el bolso de noche la barandilla de estribor como si fuera el rostro de su esposo. Todo el contenido salió disparado por doquier: su polvera, el reloj de bolsillo, el pañuelo bordado con sus iniciales, y algunas libras sueltas. Que se perdiera el contenido no le importó. ¡Ojalá sus objetos personales fueran los sesos de Charles!

Se limpió una lágrima, y Olivia se juró que jamás iba a permitirle a nadie que la tratara como lo hacía su esposo. Si ella fuera una mujer con el carácter más fuerte, si hubiera obedecido a su padre cuando le recomendó que no se comprometiera con Charles, si no hubiera sido tan decidida, impulsiva y enamoradiza, ahora no estaría sufriendo porque su marido pensaba dejarla por una mujer más joven y más complaciente.

Realmente estaba asustada por lo que el destino le tuviese preparado.

—Ha sido una grosería que abandonases la mesa sin dar una explicación por tu parte — escuchó decir tras su espalda.

Olivia volvió su rostro de las olas para mirar a su marido que le ofrecía una mirada ausente de sentimientos: vacíos del más elemental afecto marital.

—Los cuernos me pesaban demasiado sobre la cabeza para seguir viendo tus coqueteos con todo lo que lleva faldas —le escupió dolida.

Charles la miró con excesiva frialdad que a ella ya le resultaba repulsiva.

—Sabías que esto iba a ocurrir, lo sabías cuando contrataste este maldito viaje —Olivia no se resintió por las palabras duras, ella misma se las había recordado durante los tres días que llevaban de viaje.

—Creía que nuestro matrimonio se merecía cualquier esfuerzo para que no se extinguiera por la apatía en la que lo has sumido —lo acusó.

Charles entrecerró los ojos.

—¿A qué llamas tú matrimonio? —le preguntó sarcástico.

Olivia se envaró.

—A la unión que hizo de ti mi esposo con la eterna promesa de que me amarías por el resto de nuestras vidas —Charles no le respondió, siguió mirándola con rudeza—. Tu ausencia de sentimientos me sigue sobrecogiéndome aunque ya me haya acostumbrado, aunque te concedo el mérito porque hiciste muy bien tu trabajo.

El esposo la miró de arriba abajo con desdén.

—No te quiero Olivia, deberás aceptarlo de una vez —ella sintió sus palabras como un golpe en su estómago, pero no le dio la satisfacción de verla doblarse.

—¿Me has querido alguna vez? —la pregunta le salió de forma involuntaria, como si no hubiese sido consciente de que su boca la formulaba.

—No te soporto —silencio—, me resulta intolerable seguir a tu lado —más silencio—. Eres la antítesis de lo que un hombre busca en una mujer —Olivia intentó tragarse la rabia que estaban a punto de aflorar por su boca para escupirla con veneno.

Ninguna mujer se merecía ese despliegue de cobardía por parte de un hombre, y menos si a ese hombre se le habían dedicado diez años de vida.

—Como si tú fueras un dechado de virtudes —le increpó. Charles seguía mirándola—. Mi padre me advirtió, todos mi advirtieron, pero no hice caso, y mira dónde estoy ahora, frente a tu ego recalcitrante.

Charles crujió los dientes al escucharla. La veía plantada frente a él, y la destetó todavía más.

—¡Acéptalo de una vez! —le gritó.

—¿Qué tengo que aceptar? —preguntó de forma ácida.

—Que no soporto el control que ejerces sobre mi vida, que me ahoga tu tiranía sobre las familias felices y toda la parafernalia que conlleva —Olivia entrecerró sus ojos ante el insulto del que estaba siendo objeto.

Miró a su marido entre la decepción y la cólera a partes iguales, deslizó la mirada por su cuerpo, su apostura aún le arrancaba cosquillas a su estómago. Charles no era excesivamente alto, pasaba el metro setenta a duras penas, pero Olivia siempre había encontrado atractiva su forma de fruncir sus labios finos en sonrisas que pronto dejó de prodigarle.

—Sólo he tratado de controlar que no me pongas más cuernos de los que puedo sostener en la cabeza, y eso no es control, es supervivencia básica —respondió ofendida.

Charles resopló con desagrado.

—Sabías que no soy hombre de una sola mujer —Olivia seguía callada esperando los golpes verbales que iban llegando como de costumbre—. Tu error fue tratar de atraparme mediante engaños —Olivia tragó con dificultad ante la indiferencia que mostraba por sus sentimientos.

—Esa historia ya la conozco, ahórrate las palabras pues no vas a conseguir que te compadezca —le replicó.

Charles se pasó la mano por el pelo castaño claro en un intento de detener su rabia.

—¡Me engañaste!.. yo nunca quise tener hijos, lo sabes —el jadeo le salió involuntario ante el golpe recibido.

Charles era todo un experto en reducir su autoestima al polvo. Trató a duras penas de sostener su orgullo en pie.

—Sí —comenzó ella demasiado dolida para analizar las palabras antes de decirlas—. Imagino que tu inmensa fortuna y tu arrollador atractivo fue un señuelo demasiado intenso para que lo ignorara una depredadora como yo.

Charles no tenía fortuna, ni pertenecía a una de las familias más importantes de Gran Bretaña. Era Olivia la que poseía fortuna propia y pertenecía a uno de los linajes más antiguos.

—¡Basta! No te permito que me hables así —Olivia tensó los hombros con ira.

—¿Qué no me permites? —trató de tragar el nudo que se había formado en su garganta—. ¡Charles! —exclamó con la voz llena de incertidumbre—. Necesito tu ayuda para mantener el barco de nuestra vida en común a flote.

El hombre hizo un ademán despectivo con las manos.

—El barco se está hundiendo estúpida, y yo no pienso hundirme con él —Olivia sintió como si una mano de hierro que le estrujara el corazón porque sabía lo que venía a continuación—. Mañana desembarcaré en Estambul y regresaré de vuelta a Londres —ella apretó la generosa boca bellamente cincelada en una mueca amarga.

Desde que habían salido de Liverpool semanas atrás, su ánimo había barrido el suelo de la cubierta por completo. Charles no había dormido en el camarote que había contratado ni una sola noche, el único momento en el que habían coincidido era en la primera cena de gala en la mesa del capitán, y de poco le había servido, Charles la seguía ignorando con una facilidad que la dejaba paralizada.

—¡Vete! Huye como el cobarde que siempre has sido —le dijo sin que se le quebrara la voz, aunque calló un momento antes de poder continuar—. Eres el hombre más despreciable de todos.

Charles, durante un segundo, dudó, un segundo después metió las manos en los bolsillos de su pantalón, y la miró con cierta vacilación.

Él quería divorciarse, pero su mujer era la que poseía fortuna. Ahora lamentó sus palabras anteriores.

—No he querido decir... —ella no le permitió continuar.

—¡Sabes de sobra que sí!

Olivia miró hacia la negra noche para que él no viese lo profundamente herida que estaba, Charles se acercó a ella mientras alzaba la mano que detuvo a medio camino, y la volvió a ocultar en el bolsillo, como si lamentara el gesto cariñoso que había estado a punto de ejecutar.

—Hay hombres que no sirven para ser maridos, y padres, aún menos —Olivia alzó sus ojos brillantes y llenos de ira hacia él—. ¿Por qué me obligaste a serlo?

—¿Has terminado? —le preguntó.

Charles la miró con absoluta indiferencia.

—Terminé hace diez años, pero eres tan obtusa que te niegas a ver la realidad de nuestra situación: este viaje ha sido una completa estupidez por tu parte —Olivia redujo los ojos a una línea peligrosa.

—Imagino que no sería una estupidez si fuese Margaret y no yo la que estuviese aquí de pie mirándote —Charles soltó el aire con brusquedad.

—No metas a Margaret en esto —Olivia sentía ganas de golpearlo ante el tono defensivo de él al hablar de su rival—. Si no hubiese sido ella, hubiese sido otra —le confesó.

Olivia no sabía cómo la sostenían las piernas. Se sentía vapuleada emocionalmente, golpeada en su femineidad por las palabras déspotas de Charles que seguían hiriéndola... porque seguía teniendo la facultad de hacerlo.

—¿Cuándo te perdí? —la pregunta hecha en un susurro le hizo dudar un momento, pero él necesitaba su libertad y tenía que apagar los rescoldos que Olivia se empeñaba en avivar a base de pura cabezonería.

—Nunca me has tenido —le reveló—, y me asombra que no te hayas dado cuenta —Olivia se llevó la mano a la garganta intentando ahogar los sollozos que pugnaban por salir.

Aunque conocía las palabras, oír las le producía el mismo dolor lacerante de siempre.

Los recuerdos la cegaron por completo: recordó vívidamente al atractivo hombre de mundo que logró enamorarla en tan sólo dos semanas. Cómo la persiguió hasta que la llevó a su lecho a pesar de que Olivia contaba sólo dieciocho años. Sus padres pusieron el grito en el cielo pues para ellos Charles, el galán que había engatusado a su niña, sólo era un parásito vividor. Si ella los hubiera escuchado Charles no la estaría mutilando emocionalmente en ese preciso momento.

—¿En qué lugar del camino me equivoqué contigo? —le preguntó con un hilo de voz.

Charles no pensaba responderle, pero, lo pensó mejor y se separó un paso de ella.

—¡Mírate! —comenzó a decirle—. Tienes veintiocho años y parece que tienes cien —Olivia encogió los hombros de forma inconscientemente—. Tuviste a Lorraine y todo dejó de existir para ti: las fiestas, el sexo, pasé de ser el esposo idolatrado a ser el procreador de lo único que te importa en el mundo —Olivia lo escuchaba, y se dijo que Charles parecía un extraño—. Me echaste a los brazos de otras con tu conformismo a mis necesidades.

¡Que él le recriminase algo así!

—¿Ahora tengo yo la culpa de tu libertinaje? ¿De que seas un cabrón licencioso? —Charles resopló con enojo al escucharla.

—¿Y la tengo yo de que el sexo no exista para ti? —Olivia apretó los labios con rencor mal disimulado.

—He tenido que hacer de padre y madre —le recordó con ira—. He tenido que ocuparme de

los negocios, de todo porque tú te has dedicado a disfrutar y quemar mi dinero —lo acusó — Charles seguía en silencio—. Eres un mal nacido, y no trates de culparme tu conducta execrable.

—No te quiero Olivia —afirmó él.

Ella giró la cabeza con altanería intentando mantener su maltrecho orgullo que se escurría por el casco de la nave y se fundían con las olas. El espectáculo vejatorio la reducía a cenizas.

—En nuestra vida, ya no importa que me quieras o no porque lo único que te he pedido, es que te comportes como un hombre de verdad, pero no por mí... —calló para ahogar un jadeo—, nunca por mí.

Las lágrimas le impedían terminar la frase, calló para no quedar más avergonzada todavía.

—¿Buscas que te compadezca?

Olivia bramo ya demasiado encolerizada para detener sus palabras que salían como puñales por su boca.

—¡Juro que debería haberte pagado con la misma moneda, tener la suficiente desfachatez para liarme con todo lo que llevase pantalones y así comprobar cuántos cuernos eres capaz de soportar!

Charles rio con burla para frustración de ella.

Olivia se puso mortalmente seria, si Charles hubiese meditado sólo un segundo, no se lo hubiese tomado a risa.

—No sabrías hacerlo —se mofó—, eres demasiado frígida para pensarlo siquiera —Olivia estalló.

—¡No conoces de lo que soy capaz!

Charles siguió riéndose de ella.

—No hay en todo este barco un hombre lo suficientemente estúpido como para que lo tientes.

Olivia sintió el insulto como una maza sobre su cabeza.

—¿Tanto me odias? —Charles tardó tres segundos en contestar con voz apagada.

—No te soporto que es peor —el quejido le salió como un rugido doloroso.

—¿Y entonces? —la pregunta salió por propia voluntad de su boca.

Charles se decidió al fin. Ella era la rica, pero él obtendría jugosas prebendas con el divorcio.

—Te dejo, aceptarlo o no es tu problema —Charles ya se había dado la vuelta para irse, pero ella lo detuvo con sus palabras sólo un segundo.

—Entonces te tendré que hacer un regalo antes de la despedida final, ¿no crees? —él la miró con cierta burla en sus ojos marrones.

—Tienes demasiada cobardía hasta para eso —ahora sí que se volvió, y comenzó a alejarse sin un titubeo.

—¡Te juro que te haré cornudo antes de que pongas un pie fuera de este barco! —lo amenazó.

Las carcajadas de él seguían resonando dentro de ella a pesar de la distancia. Olivia estaba a punto de quebrarse de dolor pues el encontronazo había resultado demoledor y tan perjudicial para ella como un vaso de láudano tomado de un trago. Siempre le ocurría con Charles, sabía cómo doblarla con sus palabras hasta dejarla casi muerta.

2

Se abrazó en silencio totalmente hundida en la humillación más escabrosa. Había creído de forma inútil que aún podía hacer algo para enderezar el rumbo torcido de su vida, pero se había equivocado por completo. Tragó el nudo de su garganta que le impedía respirar y la ahogaba con estertores violentos que la sacudían en un acicate continuo. Sentía cómo le quemaban las lágrimas en los ojos, pero era incapaz de empujarlas para que salieran al exterior, no se deslizaban por sus mejillas para brindarle el consuelo que necesitaba, seguían allí cauterizando como trementina hirviente cualquier sentimiento como el valor y el coraje.

En la popa del buque todo seguía en silencio, la mayoría de los pasajeros se encontraban en las diversas zonas habilitadas para el esparcimiento hasta altas horas de la madrugada, y dio gracias porque esa circunstancia le había permitida la soledad necesaria para que nadie observara la humillación de la que había sido objeto por la persona que debía amarla.

Su vergüenza se la había tragado sola, Dios había sido misericordioso al permitirle ese instante de intimidad.

Olivia se abrazó la cabeza en un gesto vulnerable de congoja extrema. Apoyó su cintura en la barandilla para quitarle peso a sus piernas que se negaban a sostenerla. Sintió un ligero mareo que la hizo doblarse peligrosamente en dos, pero no quiso sujetarse ni cuando un golpe de viento la hizo tambalearse precariamente sobre el vacío que creaba la estela del barco. Estaba ajena a todo lo que no fuese el agonizante dolor que la desgarraba por dentro tras los golpes verbales que le había dado Charles en la discusión que habían mantenido.

El corazón le latía a un menor ritmo.

Se inclinó un poco más ante la arcada que sintió: la cena se le había revuelto en el estómago a pesar de que apenas la había probado, sólo atinó a sujetarse el pelo para que no se le manchase con su propio vómito. Sufrió una arcada más, pero nada salía por su garganta. Se inclinó un poco más hacia delante, casi tenía medio cuerpo fuera de la barandilla y suspendido en la nada, esa sensación repentina de libertad resultó un bálsamo en su espíritu. Soltó una de sus manos que sujetaba su cabello, y de pronto sintió que la sujetaban y tiraban de ella hacia atrás. Su mano se encontró manoteando el aire de la noche.

Olivia aterrizó sorprendentemente sobre un cuerpo duro. Su mente fue incapaz de asimilar qué había ocurrido y con qué se había golpeado.

—¡Qué demonios..! —no fue capaz de apreciar si había sido el aire o alguien el culpable de que hubiese aterrizado de forma tan brusca.

Se giró con ímpetu desmedido.

—Lamento la rudeza al tratar de sujetarla, pero no me apetecía dar un salto temerario para rescatarla —Olivia entrecerró los ojos al comprender que alguien había creído que pensaba suicidarse lanzándose al mar.

Trató de dar un paso pero el hombre no se lo permitió, dudaba de las intenciones de ella, por eso seguía sujetándola con brazos de hierro. Olivia, al ser consciente de lo indefensa que se sentía, se rompió en mil pedazos. Los sollozos comenzaron sin que ella pudiese hacer nada para

evitarlos. Apoyó la cabeza en el pecho de su salvador, y cedió al llanto largamente reprimido. Hipaba, sorbía, y, ante la ausencia de pañuelo, dejó que las lágrimas empaparan la blanca camisa de su captor.

Que la hubiesen tildado de suicida había sido la gota que había colmado el vaso, podría merecerse todo menos el calificativo de cobarde.

—Llore, en verdad lo necesita —esas palabras le produjeron el mismo efecto que una regañina desmerecida. Volvió a sollozar aún más violentamente—. Ese cabrón no merece sus lágrimas — las palabras de consuelo penetraron poco a poco en su mente que se mantenía ajena a todo lo que no fuese el dolor que sentía.

—¿Cabrón? —preguntó sin haber captado aún el mensaje de que alguien había sido testigo de su vejación como mujer por oírla suplicar una nueva oportunidad al verdugo de reducir su honor al polvo.

De pronto se debatió entre los brazos que la consolaban.

—¡Suélteme! —su petición fue obviamente ignorada—. ¡Que me suelte! ¡Maldita sea! —su captor era muy fuerte y grande, Olivia apenas le llegaba al hombro.

—Sólo si me prometes que no va a tratar de lanzarse por la borda como hace un momento — Olivia echó la cabeza hacia atrás para mirar el rostro de la persona que se había proclamado su salvador.

El llanto había quedado olvidado tras la columna de furia que comenzaba a formarse dentro de ella.

—Nunca he pretendido lanzarme por la borda —las palabras dichas en un tono excesivamente seco no lo movieron ni un milímetro—. Tenía ganas de vomitar, y no quería hacerlo en el suelo de la cubierta —las cejas negras se arquearon en una pregunta muda—. Se lo prometo —su captor renuente la soltó, pero no se separó de ella todo lo que las normas del decoro dictaban entre desconocidos.

—Le debo una disculpa —comenzó él—, había creído... —Olivia alzó su mano derecha para detener las palabras.

—Muchas gracias —le respondió ella—. Creo que yo hubiese tratado de hacer lo mismo en una situación parecida —la absoluta perplejidad de él no se la tomó a risa.

—Entonces hubiésemos caído los dos por la borda —respondió él.

Olivia no lo entendió.

—¿Perdón?— preguntó atónita por su respuesta.

—Mi tamaño no le hubiese perimido ayudarme —el fuerte acento la desconcertó, el individuo pronunciaba un correcto inglés, pero indudablemente no lo era.

Olivia comenzó a escudriñarlo concienzudamente, él, se dejó valorar en toda regla sin emitir un parpadeo. Debía rondar el metro noventa. El pelo negro le daba una apariencia algo salvaje, y se notaba a las claras que hacía mucho deporte porque a pesar de la altura no se le veía torpe en los movimientos. Se fijó en el torso firme y musculoso que antes había notado en su espalda. Miró su traje de gala, el pantalón negro a juego con la chaqueta le sentaba como un guante y marcaba sus músculos. No llevaba pañuelo al cuello, y la camisa la llevaba parcialmente desabrochada. Se fijó en el fajín que seguía anudado a su cintura. Olivia siguió en su inspección del fibroso cuerpo: su estómago plano, sus hombros anchos, y el cuello largo. Tenía la boca abierta en una mueca de humor. Olivia apretó los labios al ver la mirada divertida de él. Su supuesto salvador era tremendamente atractivo, y peligroso. Su instinto de protección detonó las alarmas dentro de ella.

—No parece inglés —la afirmación salió por su boca sin tiempo a detenerla.

El desconocido le obsequió una media sonrisa.

—Soy turco —Olivia abrió los ojos con interés—. Como ingeniero, tenía que probar mi barco que ha sido construido en Liverpool —Olivia aceptó la explicación, aunque sentía la imperiosa necesidad de beber algo.

Su salvador le había leído el pensamiento.

—¿Le apetece un poco de coñac? —le ofreció él—. Estaba tomando un trago en mi rincón favorito antes de que comenzaran su actuación.

La vergüenza tiñó de rosa las mejillas de Olivia.

—Debería haberse hecho notar —el desconocido no le respondió pero Olivia lo siguió en aceptación silenciosa.

Vio las dos hamacas plegadas, y que puestas de pie ocultaban la pequeña mesa y las dos sillas de ese rincón de la popa.

¡Con razón no lo había visto!

Miró la copa llena de brandy que él le ofreció con una sonrisa, Olivia la tomó y se la bebió de un trago. El líquido le quemó la garganta, y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se la volvió a tender.

—¡Más! —si a él se extrañó, no dio muestras de ello, volvió a llenársela y de nuevo se la ofreció, esta vez Olivia se la tomó con calma.

—Si no tiene cuidado puede subírsele a la cabeza —ella no le respondió.

—¿Regresará a casa? —le preguntó. Olivia negó con la cabeza en un gesto muy elocuente—. ¿Seguirá con el viaje? —tras pensarlo un largo minuto asintió—. La mejor decisión —le dijo medio en broma.

—¿Por qué habla inglés tan fluido? —le preguntó a bocajarro, él, tardó un segundo en contestar.

—Cursé mis estudios de ingeniería naval en Londres, y al terminar mi formación fui contratado por la White Star Line para trabajar —Olivia abrió los ojos sorprendida.

—Pero la White Star Line construye sólo en Inglaterra —el desconocido la miró con cierta condescendencia en sus ojos.

Se terminó la segunda copa y pidió más.

—¿Lo cree prudente? —Olivia inspiró profundamente antes de responder.

—El alcohol hace que no me compadezca tanto de mí misma —los ojos de él brillaron comprensivos, y, bajo la luz amarilla de la cubierta, Olivia comprobó que eran sorprendentemente azules.

—Extraño color para un turco —le dijo.

Él entendió a la perfección las palabras de ella.

—Mi madre era francesa —ella iba de sorpresa en sorpresa—. Mi abuelo materno es el dueño de la compañía Olympic Airlines en Calais, allí se conocieron mis padres —Olivia se quedó pensativa.

—¿Habla algún idioma más? —él asintió con la cabeza mientras la invitaba a tomar asiento en una de las dos sillas que había en el pequeño rincón.

Olivia aceptó gustosa en un intento de que las piernas dejaran de temblarle.

—Hablo turco por mi padre, francés por mi madre, e inglés con la suficiente corrección para hacerme entender si lo necesito —Olivia supo que en realidad los idiomas que hablase le importaba poco.

Él, volvió a llenarle la copa. Olivia sentía que el vacío dejaba de pender sobre su cabeza que

se estaba tornando ligera por momentos: el alcohol le calentaba la sangre y le nublabla el juicio.

—Extraños ojos para una inglesa —Olivia abrió lo miró sin entender.

—Muchos ingleses tienen los ojos castaños —él, negó por toda respuesta, y ella siguió mirándolo con un escrutinio que mostraba a las claras su interés.

—Castaños, sí, pero no de esa tonalidad tan especial: parecen dos gemas color ámbar —Olivia se repantigó hacia atrás y lo miró con descaro. Le gustaba demasiado escuchar su voz—. ¿Podría servirle yo? —el estómago de Olivia dio un vuelco violento.

¿Se estaba refiriendo a...?

—¿Perdón? —él hizo un gesto significativo con la cabeza—. ¿Lo ha oído todo? —el hombre asintió—. Entonces debe de saber que no hay en todo este barco un hombre lo suficientemente estúpido como para que pueda tentarlo —Olivia recitó las palabras de Charles con furia desmedida, cada sílaba la quemaba como si saliese de una fragua.

—O yo soy demasiado estúpido, o su marido es un cretino con complejo de inferioridad —le dijo él.

Olivia no sabía cómo tomarse esas palabras que lograron reconfortarla.

—Si quería levantarme el ánimo, gracias, lo ha conseguido con creces.

El hombre le sonrió.

—El ánimo se lo ha levantado el coñac que en situaciones extremas suele ser el mejor amigo, y un consejero silencioso —Olivia rio al fin con una sonrisa limpia, el desconocido se llevó una mano al pecho.

—¡Por Alá! No vuelva a sonreírme así —Olivia lo miró atónita con una ceja alzada.

—¿Perdón?

—Mi corazón no podría resistir otra sonrisa suya —Olivia volvió a sonreír sin proponérselo, y él le guiñó un ojo cómplice.

Olivia se sentía agradecida pues el dolor de su corazón ya no era de muerte.

—Gracias, sabe cómo hacer que una mujer se sienta cómoda en su compañía.

Su salvador la miró de forma enigmática.

—Mi propuesta sigue en pie —Olivia se puso seria de inmediato, aunque sus palabras calaron en lo profundo de su alma atormentada.

—No lo decía en serio —se excusó.

Él la contempló sin pudor, y el corazón de Olivia se aceleró. Se quedó paralizada al sentir como esos profundos ojos azules dejaban sus ojos y recorrían su cuerpo de arriba abajo como si fuese mercancía preciosa. Contuvo el aliento ante la inspección de él, y se sonrojó cuando vio que su mirada se centraba en sus pechos. No pudo evitar su sonrojo. La estaba desnudando con la vista, y por primera vez en su vida, Olivia sintió cómo el poder de un hombre, la atraía, lo percibía emanar de su cuerpo y penetraba en el suyo, entornó los ojos, pero no pudo moverse lo más mínimo.

—Yo creo que sí —contestó entrecerrando los ojos.

Ella se merecía la respuesta de él.

«Dios, Dios, Dios. ¿En qué clase de mujer se estaba convirtiendo por culpa de Charles que estaba valorando de verdad acostarse con ese desconocido? Se iba a volver loca», se dijo

—¿Viaja sólo? —él entendió de inmediato que ella trataba de cambiar de conversación, pero no se lo iba a poner tan fácil.

—No estoy casado— le respondió.

Fue escucharlo, y marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en ella.

No la dejaba razonar.

—Pero yo sí —contestó en voz baja.

Olivia se sorprendió de la lástima que dejaban traslucir sus palabras. Se podían tomar de muchas maneras, y confiaba que él no se diera cuenta.

—Y según palabras del cretino en ciernes —comenzó él—, por poco tiempo —Olivia se dejó caer en el respaldo de la hamaca con la derrota pintada en el rostro, y las manos muertas a las sensaciones—. Le está haciendo un favor, créame —no sabía cómo tomarse ese consuelo que procedía de un desconocido peligroso y atractivo, pero deseaba tanto una palabra amiga que cerró los oídos a la sensatez—. Necesita alguien que esté a la altura —Olivia frunció la boca en una mueca ácida.

—Pues menudo consuelo —dijo ella con humor—, como puede ver es una altura muy baja —él supo que se refería a su estatura más bien pequeña.

—¿Le apetece ir a bailar o encerrarse en su camarote y suspirar por un cretino mayúsculo? —Olivia entrecerró los ojos ante la invitación.

Se debatió en una decisión que podía cambiar su forma de enfrentarse a los hechos. Charles seguiría perdido en el barco para ella y sus emociones, llevaba días en la más completa soledad, y un ramalazo de rebeldía la llenó por completo decidiéndola.

—Bailar sin lugar a dudas —él le ofreció una sonrisa—. Pero aún no sé cómo se llama mi salvador —él le guiñó un ojo.

—Can, por esta noche, sólo Can— ella correspondió—. Y mi dulce desconocida se llama...

—Olivia, por esta noche, sólo Olivia.

Él le sonrió enigmáticamente.

—¿Qué le apetece? —ella ni se lo pensó.

—¡Danza turca! —Can la miró con un brillo extraño en sus ojos.

—En turco se llama *Zeybek* —respondió al mismo tiempo que se levantaba ceremoniosamente. Le tendió una mano que ella aceptó encantada—. *Zeybek* entonces.

3

Estambul cortaba la respiración así como el atractivo acompañante que se había proclamado su guía improvisado además de complaciente. Desde la discusión, la noche anterior con Charles, no había vuelto a verlo. En recepción le habían confirmado que había abandonado el barco a primera hora de la mañana. Olivia hizo de tripas corazón, y se prometió disfrutar esos días como nunca a pesar de la tormenta que se cernía sobre su cabeza.

Aunque seguía sintiendo una cierta culpabilidad por entregarse a los placeres tan confiadamente, su parte racional le advertía que pronto dejaría de ser una mujer casada. Charles iba a rehacer su vida con Margaret, a ella le tocaba bregar con la peor parte, pero se dispuso a disfrutar de la ciudad con todo el entusiasmo que pudo.

Visitaron Santa Sofía, que no sólo era uno de los lugares más importantes de Estambul. Se trataba de una impresionante mezquita. Cuando después visitaron la mezquita azul, Can le explicó que el sultán Ahmed la construyó entre 1609 y 1616 y fue inaugurada en el año 1617 durante el mandato de Mustafá I. La soberbia del sultán fue determinante pues deseaba una mezquita más impresionante que Santa Sofía, lo que le llevó a construir una con seis minaretes. Can la llevó a visitar el Palacio Topkapi. Olivia clavó sus ojos en el atractivo turco que seguía sonriéndole tras invitarla a que probase un café turco auténtico.

—Un *Türk lirası* por tus pensamientos —le dijo él.

Olivia probó el café antes de responderle.

—Para que me interesara tendrías que haberme ofrecido al menos cinco —Can alzó una ceja interrogante.

—¿Conoces mucho sobre Turquía? —ella negó con la cabeza, y le respondió de forma sistemática.

—Conozco que el nombre viene porque es el único lugar del mundo donde se puede encontrar la piedra turquesa —respondió ella.

Can sonrió.

—¿Sabías que las mujeres solteras ponen una botella en el techo de sus casas para mostrar que están a la espera de un novio. Y, por otro lado, el hombre que rompa la botella se convierte en su novio?

A ella le pareció interesante esa costumbre.

—Claro que no.

—¿Y sabías que San Nicolás, conocido hoy como Santa Claus, nació y vivió en Demre en la costa mediterránea de Turquía? —ella lo miró muy sorprendida—. La famosa iglesia de San Nicolás contiene un sarcófago que se cree es la tumba del mítico personaje.

Olivia se quedó pensativa durante un momento.

—Nunca lo hubiera creído —contestó en un susurro—, con vuestro dulce carácter...

Se burló ella.

—Nuestro dulce carácter bien podría competir con vuestra flema inglesa —bromeó él.

Olivia aceptó la broma con una sonrisa, y calló un momento antes de continuar.

—Quería darte las gracias por tolerarme en estas horas críticas— él, no le respondió—. Siento

que puedo enfrentarme a lo que sea, de hecho, mi ego está tan alto que Dios me va a dar una reprimenda por ello.

—¿Eres creyente? —le preguntó él.

Olivia hizo un gesto leve afirmativo.

—Tras la muerte de mis padres ha sido la tabla de salvación a la cual me he aferrado con devoción.

Can podría comprenderla.

—Todos necesitamos algo a lo que aferrarnos cuando nuestro espíritu está quebrado —le dijo.

Olivia asintió con convicción—. ¿Cómo murieron tus padres?

—En un accidente de carruaje hace dieciocho meses —Can alzó una ceja interrogante.

—Debió de ser un golpe terrible —Olivia no le respondió.

—Avatares de la vida. O nos hacen más fuerte, o nos quiebran y nos mandan al infierno —respondió.

Ella se terminó su café con un suspiro.

—La vida sigue a pesar de todo —le dijo él.

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—Y si seguimos aquí filosofando nos perderemos lo mejor de la ciudad, y me he perdido tantas cosas a lo largo de mi vida que no pienso perderme ni una más.

Can terminó por sonreírle

—Me encanta el cínico sentido del humor de los ingleses —Olivia le correspondió.

—En eso somos muy buenos —él asintió con un brindis de su copa.

—Poseéis una capacidad envidiable de superarlo todo.

—¿Con qué me vas a sorprender esta noche? —ella cambió de tema, y él le dirigió una mirada enigmática que le puso los pelos de punta. La había invitado a su suite para una cena privada.

Olivia temía y ansiaba a la vez lo que le iba deparar esa noche en concreto.

—Si te lo revelase, ya no sería una sorpresa —le dijo él.

Los ojos de Olivia se oscurecieron por un momento, volvió la cabeza en derredor buscando algo y sin detener su vista en ningún lugar.

—¿Buscas algo? ¿Alguien? —le preguntó.

Olivia negó con la cabeza sin perderse detalle del gentío que abarrotaba la plaza.

—Hace varios días que tengo la impresión de que me observan, es una sensación de lo más extraña.

—¿Tu futuro ex marido? —le preguntó.

Ella negó categóricamente con la cabeza.

—Desde la discusión, tengo la misma sensación: alguien me observa, y desconozco el motivo.

—Eres una mujer hermosa —le susurró él casi al oído.

Olivia abrió los ojos con sorpresa olvidándose de momento de la sensación molesta que sentía.

—¡Repítelo por favor! —él la complació gustoso.

4

Estaba tan nerviosa como en su primera cita. Había tomado una decisión con respecto a él, y no pensaba postergarlo más. Lo deseaba, se sentía profundamente atraída por él, los largos y vacíos meses en los que Charles la había ignorado, la habían llenado de un hambre insatisfecha: de un deseo contenido que la desbordaba. Sólo con mirar a ese dios turco, su sangre comenzaba una ebullición espontánea que la mareaba. Sabía que obraba precipitada, su lógica la incitaba a reconsiderar lo inoportuno de su decisión, pero el otro lado, el egoísta, el herido, hacía el contrapeso idóneo para mantenerla en un debate constante.

Miró de nuevo su atuendo, el vestido de seda color dorado hacía que sus ojos brillasen aún con más intensidad. El profundo escote dejaba asomar la cremosidad de sus pechos más de lo que estaba acostumbrada. Al ver su nacimiento, sintió un ramalazo de pudor, a sus veintiocho años, seguía siendo tan inocente como cuando tenía dieciocho y se quedó embarazada de Lorraine. Charles seguía echándole en cara que lo hubiese atrapado sirviéndose del embarazo, y Olivia no tenía modo de hacerle entender que ella había sido inocente en el astuto juego de la seducción que había esgrimido él hasta conseguir llevarla a su cama.

Charles había sido el único hombre en su vida. Olivia arrugó la boca en una mueca, el único, y escaso.

A los tres meses de su embarazo dejó la cama de ella como si hubiese contraído una enfermedad infecciosa, las excusas sobre el peligro de las relaciones para el bebé, habían aplacado sus dudas, y tras el parto había sido ella la que rehuía su cama pues veía en sus ojos el rechazo que su propia hija le producía.

Olivia se fue apagando poco a poco, pero no sólo como mujer, también como persona independiente. Sabía que la rica empresa de su padre iba a resultar un escollo en su divorcio, Charles la iba a dejar en los huesos si no tenía cuidado. En ese momento comprendía más que nunca los intentos de su amiga Helena y Peter para que firmase una separación de bienes en su propio beneficio. ¡Qué estúpida! ¡Qué incauta! Había desoído los consejos y se había liado la manta a la cabeza.

Olivia agitó sus rizos en un intento de borrar los recuerdos desagradables. Esa noche sería la primera y la última en el comienzo de su nueva vida. Una vez que regresase a Londres, iba a retomar el control sobre su vida.

Terminó de colocarse el carmín en los labios, y miró su aspecto por última vez. Hizo una inspiración profunda, y salió al pasillo buscando las escaleras principales. Optó por dar un paseo, tenía aún quince minutos antes de encontrarse con él.

Abrió la boca con sorpresa pues la suite, justo en la parte izquierda de la popa del barco, la había dejado sin respiración, en modo alguno se parecía a cualquiera que hubiese visto anteriormente. El cálido interior estaba bellamente decorado en tonos dorados y blancos, poseía una hermosa terraza privada, y que otorgaba cierta intimidad para los ojos curiosos. Al ver las velas encendidas y la suave música, su boca se abrió con una sonrisa tímida. Con la esperaba con dos copas de champán en la mano, y vestía ropa que no había visto nunca: el pantalón negro estaba escandalosamente ceñido a sus muslos, la blanca camisa estaba abierta en dos botones, lo cual le

permitía ver una uve de piel bronceada que hizo que su estómago diese un vuelco inesperado. Miró las largas mangas abullonadas y de un tejido tan suave que sintió el loco impulso de acariciarlo, el fajín rojo le daba una apariencia desenfadada.

—Luego bailaré el Mevleví para ti —le dijo. Olivia trató de sujetar su impaciencia—. ¡Ven! Vamos a darle el *iyi geceler* a mi país.

—¿*Iyi geceler*? —preguntó algo desconcertada.

—Buenos días en turco —Olivia aceptó la invitación sin dudar. Can asió la mano que ella le tendía y la acercó a su pecho de un suave tirón. Olivia se dejó abrazar con cierta reticencia—. Confía en mí —eso era lo que pretendía y lo que no lograba—. Eres muy hermosa —Olivia se tensó de inmediato.

—No necesitas mentir —Can la miró algo confuso—. He decidido pasar la noche contigo, seré consecuente con mi decisión a pesar de mis dudas.

—¿Dudas de tu hermosura? —le preguntó.

La mirada que le dedicó le dijo a ella todo lo que necesitaba saber.

—Sí.

—Entonces, déjame que te muestre lo hermosamente seductora que eres! —Olivia se dejó guiar al centro del camarote donde la hermosa cama se burlaba de ella desde su pasividad.

Can atrapó su mano derecha que cerró en la suya. Pegó la espalda de ella al pecho de él, y comenzó a susurrarle al oído de forma queda. Olivia cerró los ojos a su petición. Can abrió la palma de ella que fue al encuentro de la seda de su vestido: el lento recorrido se inició en su cadera derecha, la mano de él la guiaba.

—El contorno es perfecto, firme: el comienzo de un interrogante inacabado —la palma abierta de Olivia había acariciado la curva de su cadera que, en su oscuridad consciente, se había revelado como una duna suave en el desierto. Ahora seguía el recorrido de su vientre y subía por su estómago—. La ligera prominencia me recuerda a la ladera de una montaña orgullosa, con una pendiente atrayente, y, aquí —la mano de Can se detuvo en su ombligo—. Aquí, en la boca del cráter dormido, se esconden secretos que nadie puede desvelar a pesar de que nos resulta seductor, intrigante. El comienzo de una aventura que nos atrapa, nos engulle.

De nuevo volvió a posar su mano en el dorso de la suya para seguir el recorrido. Con suma destreza subió por su costado derecho hasta alcanzar la suave curva de su pecho, y donde detuvo la mano para que calibrase la forma, el peso, la textura.

—Dos montículos perfectos en un valle fértil y llenos de las más dulces promesas —Can hizo girar en el sentido de las agujas del reloj la palma de ella que estaba caliente con su contacto.

Olivia jadeó sofocada. Se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes brazos que la sujetaban. Sus labios se movían sobre su cabello, y le acariciaba el aliento que exhalaba, el lóbulo de la oreja en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar, y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en ella. Sin saber qué debía hacer dejó suelta su mano, y le permitió que la suya la acariciara. Era la primera vez que alguien la hacía sentir así, y, en ese momento, todas las barreras de años que ella había construido, se vinieron abajo.

En ese instante se dio cuenta que deseaba a ese hombre y lo demás no importaba.

—Siente todo lo que tu cuerpo te dice cuando le hablas con tus caricias —sus pezones se endurecieron a las palabras de él, se tornaron inhiestos como capullos de rosas.

La voluntad de entregarse a él, de que le hiciera el amor sobre la cama del camarote, de alimentarse de la sutil fragancia de su musculoso cuerpo era inmensa, casi adictiva. Quería que él

dominara su voluntad, que la doblegara. Jamás se había sentido así.

—Si fueses más alta, serían pequeños, si fueses más pequeña, todo lo contrario, resultarían grandes, pero tienen el tamaño perfecto para que un hombre se deleite con ellos y se muera por saborearlos —la mano siguió el recorrido de su pecho hasta alcanzar la base de su garganta—. Un sendero solitario que nos conduce a la cueva de las maravillas donde nos espera mil y una aventura de sensaciones, pero antes, debemos sortear la montaña inexpugnable —la mano había alcanzado la parte baja de su barbilla y se dirigía al contorno de sus labios.

El pecho de Olivia comenzó a agitarse estremecido, las comparaciones de Can sobre su cuerpo le producían un cosquilleo en el vientre que iba intensificándose.

—Dos pétalos que se abren al reclamo de una abeja para beber de su néctar —Can introdujo uno de sus dedos en sus labios abiertos por la sorpresa, ella los cerró por instinto.

Saboreó el sabor de él y el gusto salado le produjo un espasmo de placer que la descolocó. Olivia estaba paralizada a todo lo que no fuese las sensaciones que despertaban las palabras sensuales de en su oído.

—El placer hecho realidad —los labios de Can se iban paseando a voluntad por el cuello de ella, buscando incitadores el premio que ella estaba a punto de otorgarle.

Asió sus delicados hombros y la volvió.

—¡Abre tu cueva para mí! —Olivia le correspondió—. La más seductora de las diosas —la boca de él la buscó hasta encontrarla.

Él, acercó el rostro al de ella y se apoderó de sus labios. Al principio se limitó a mover su boca sobre los dulces y carnosos labios de Olivia, despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió paso entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficies, Olivia se estremeció, y, sin saber cómo, le agarró los hombros, y le hizo acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo. Can la besó más profundamente abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no le negó. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella extendió su mano, y, asíndole del pelo le acercó más a sus labios con un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre y una extraña humedad amenazó salir de su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir.

El beso firme se tornó, a la respuesta de ella salvaje. La mano de Can había abandonado la pasividad para acariciar el recorrido que había iniciado la de ella unos minutos antes. Seguía con su lengua reclamando, pidiendo una rendición que, ella, le otorgó encantada. Olivia gemía ante las sensaciones que iban circulando por su cuerpo causándole calambres en las extremidades. Las rodillas comenzaron a flaquear, y se recostó en el pecho fuerte de Can que atrapó su cuerpo con una firmeza que le resultó embriagadora. La boca de él sabía a café, el aroma le resultó excitante, y siguió bebiendo como una sedienta. Can mordisqueó sus labios voluptuosos a conciencia, con su lengua indagó, exploró, y delineó los recovecos más escondidos sin que ella opusiese resistencia.

Cuando la mano de él se cerró en torno a su seno, Olivia lanzó un gemido profundo que la sorprendió por su intensidad, y la descarga la dejó tan débil que no replicó cuando la fue recostando en la cama sin despegar los labios de la boca. Olivia bajó su mano en una suave caricia por el pecho de él, tanteando, descubriendo los planos duros de su cuerpo, y que se iban revelándose a medida que ella lo tocaba con dedos febriles. Siguió bajando por el estómago firme hasta introducirla en su bragueta. El pene, erecto como un mástil, sufrió una sacudida violenta ante el roce de su mano y se abrió a su exploración poniéndose aún más duro. Sentía la urgente

necesidad de mostrarse desinhibida, y siguió en su avance temerario.

—*Lütfen* —le dijo él.

Olivia no entendió la palabra, pero creyó que él la incitaba a continuar y lo complació con inocente entrega. Comenzó con osadía una lenta exploración del tamaño, tersura y longitud del miembro pulsante en su mano con una desesperación que escapaba a su entendimiento.

Can comenzó a desnudarla sin prisas, Olivia le ayudó solícita, cada segundo más impaciente. Cuando ambos estuvieron desnudos y libres sobre la cubierta azul de la cama, las manos de Can cogieron las de Olivia que alzó por encima de su cabeza antes de volver a apoderarse de su boca en un lento descenso que a ella le resultó agónico por lo expectante. Los labios de Can trazaban círculos sobre su cuello y mentón antes de introducirse en su boca con un gemido de placer ante el sabor que descubriría.

Perfiló con su lengua tibia los recovecos casi inexplorados en una lenta sacudida que le hacían nublar el juicio por momentos.

—¡Quiero sentirte dentro! —la exclamación urgente de Olivia hizo que el miembro de Can rugiese con un espasmo brutal—. ¡Rápido! Estoy a punto y no quiero llegar sola —Can alzó los ojos con absoluta perplejidad pues esas palabras le habían dicho todo sobre ella. Separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar la perla satinada femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la joven. Ella sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla pues le parecía como entrar en el paraíso. Can, al comprobar que ella no impedía sus avances sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, enterró un segundo dedo en su interior. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos: en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión que aumentaba. La boca de él abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Aferró entre sus dientes el maduro pezón, y lo mordió con una delicadeza infinita. Lo único que quería era devorar, devorar ese cuerpo glorioso que se retorció bajo suyo. Notó cuando ella le mordió en el lóbulo de su oreja, pero no le importó, también quería morderla. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metido en mantequilla templada. Los retiró, y entonces escuchó de ella una súplica para que no parara la deliciosa tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos: uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el portal en el que se moría por entrar. La cabeza hinchida y rosada encontró la entrada femenina y se deslizó suavemente dentro de ella, y lo hizo como si de deslizase en seda. Se ajustaba a su alrededor suyo como un guante de cuero a una mano. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido, y de, una fuerte estocada, se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz.

Ella gimió, pero no de dolor sino de placer.

De una nueva embestida se enterró en su vientre como si fuese la punta de una lanza en un corazón latiente. Las vibrantes pulsaciones del útero de ella lo llenaron de más ansia todavía porque no había dado ni par de embestidas cuando sintió que lo exprimía como si fuese el néctar de una fruta. Nunca había visto a una mujer llegar al orgasmo tan rápido, casi sin su colaboración, y se debatía entre sentirse halagado u ofendido. Cuando los gemidos de ella se apaciguaron en parte, comenzó una lenta acometida que fue llenándola de excitación otra vez. Olivia liberó sus

piernas que se abrazaron a la cintura de él para acompañarlo en su cabalgata. Se sentía como una copa vacía que iban llenando poco a poco de burbujas, chispeaban y chocaban unas con otras produciéndole una sensación plena y maravillosa. Can la sometía con estocadas urgentes midiendo el ritmo y la intensidad, cuando lo creyó conveniente, comenzó a acelerar al mismo tiempo que la respiración, Olivia volvió a gritar cuando el polvorín estalló en su interior. Ella sentía un fuego abrasador. Cientos de agujas se concentraban en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le enseñaba la danza del deseo. Buscó con sus manos sus testículos, sentía la necesidad de acariciarlos para retribuirle todo lo que él estaba despertando en ella. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de éxtasis, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y, como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Mucho tiempo después, Olivia miraba la estela del barco con intensidad y desconcierto. Can le había hecho el amor tres veces más antes de caer saciada. Tras años de indiferencia por parte de su esposo, Can la había encumbrado a la cima más alta, y ella se lamentaba porque la bajada iba a ser demoledora. Había creído que podía mantener una relación esporádica, pero se equivocaba porque Can le producía dependencia, debía dar marcha atrás de inmediato si no quería sufrir y quedar aún más expuesta emocionalmente. Tenía que despedirse de él, y dudaba si hacerlo por la mañana o por la noche. Seguía mirando el horizonte que comenzaba a despuntar mientras bebía de su copa el último trago de imprudencia.

—¿Qué hora es? —la pregunta de Can desde la cama la hizo volverse con una sonrisa.

Ella vestía una bata de seda bajo el cuerpo desnudo.

—Las cinco —respondió.

Can se levantó en su gloriosa desnudez, alcanzó su bata de raso verde, y la siguió a la terraza con mirada de hambre insatisfecha, ella lo devoró con ansia mal disimulada. De repente sonó la sirena del buque, y ella se sobresaltó.

—Es una hora inusual para que suene la sirena. ¿Debería preocuparme? —Can sonrió al escucharla.

—Vamos a despedirnos de Estambul —las cejas de Olivia se abrieron perpleja—. El barco continúa su viaje —Olivia cogió de la mano.

—Ven, quiero enseñarte algo —él la miró extrañado.

Olivia lo instó a que saltase por la barandilla de la pequeña terracita íntima de la suite para alcanzar la escalera de la cubierta inferior, y que conducía a la zona de acceso para seguir descendiendo a las cubiertas inferiores.

—Estamos desnudos bajos nuestras batas, y eso es sumamente peligroso —ella le sonrió con picardía.

—Lo sé.

Can comenzó a seguirla, y alcanzar las escaleras fue bastante fácil.

—¿*Nereye gidiyoruz*? —le preguntó él.

—¿Perdón? —le preguntó ella a su vez.

Can le sonrió.

—¿Dónde vamos? —ella comprendió que le había preguntado en turco.

—Quiero enseñarte algo —respondió.

Siguieron descendiendo por las empinadas escaleras, las cubiertas habían sido limpiadas un par de horas antes con lo cual no iban a ser vistos por nadie. Los pies descalzos de ambos se deslizaban por las brillantes moquetas recién aspiradas.

—Si nos descubren terminaremos ante un capitán furioso, y sin poder darle una explicación de por qué vamos vestidos sólo con nuestros batines.

—¿Tienes miedo? —le preguntó ella.

Él, negó con la cabeza.

—Sólo de lo que me haces sentir —Olivia se paró de golpe y se volvió, con un dedo selló los labios de él, y con una mirada de súplica en los ojos le rogó:

—Nada de promesas... ¡Carpe diem!

—Aprovecha el momento —Olivia asintió solemne.

Llegaron a la parte más baja de la popa entre caricias y besos. En la primera planta, el ruido de las hélices era claramente ensordecedor, y la espuma que empujaban las aspas con su movimiento rotativo los salpicaba sin que a ella le molestase. Olivia los vio en seguida, unas sombras debajo del barco, le hizo una señal con la mano.

—¡Delfines! —exclamó Can perplejo, sabía que solían estar cerca pero nunca los había visto.

—Me gusta contemplarlos —le dijo ella—. La madrugada viene siempre acompañada de ellos. Es curioso, pero los descubrí el segundo día de viaje, me sentía tan sola que bajaba a menudo a la popa, y, cuando los descubrí, me encontré disfrutando mucho de contemplarlos —Can la miró con un brillo extraño—. Desde este rincón del barco me siento más cerca de los animales que pueblan ese gran desconocido, el mar —Olivia abrió los brazos con elocuencia—. Y, ahora, mi sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó él.

Ella le sonrió con una promesa mientras se abría la parte superior de su bata de seda y le mostraba sus pechos desnudos.

—Quiero que me hagas el amor aquí —mientras terminaba de decir las palabras, posó su espalda en la barandilla de la parte estribor de la popa.

—¿Aquí?

La cara de estupefacción de él la hizo reír más fuertemente.

—Suspendida entre tus brazos y el mar —Can siguió mirándola perplejo, Olivia asió el borde de seda de su bata que resbaló entre sus dedos en el primer intento, en el segundo, ya no lo soltó. Desató el nudo para dejarlo completamente desnudo frente a ella.

—Considerarlo siquiera me ha puesto a cien —le dijo Can sin dejar de mirarla—. Me excitas salvajemente —Olivia atrapó la boca de él en un beso urgente y posesivo.

Can la sentó en la barandilla y abrió las piernas de ella en torno a su cintura, que ella estuviese libre de ropa bajo la bata de seda, redujo las dificultades considerablemente. Su miembro había sido sujetado por ella, y de sola embestida se enterró en sus entrañas con un gemido. Sus brazos la tenían sujeta por la cintura mientras ella se sentía suspendida en el vacío en cada embestida de él.

Olivia se contorsionó precariamente hacia el vacío y el mar, tenía casi todo el cuerpo salvo su pelvis suspendida en el aire, se resbalaba de los brazos de él en cada sacudida, pero Can volvía a sujetarla con firmeza, Olivia comenzó a gemir apasionadamente mientras se mordía los labios para no gritar con lascivia.

Le encantaba sentirlo en su interior. Can era todo masculinidad, posesión. La consumía entera en cada embestida.

—¡Ahora! ¡Ahora! —bramo.

Can se tragó el grito de ella con su boca y se derramó una vez más en su interior con furiosa lentitud. Los miembros de Olivia se quedaron laxos bajo el cuerpo de él. Can trató de recuperar la respiración antes de volver a mirarla, seguía con su miembro dentro de ella, pero se resistía a dejarla. Se separó renuente y saciado.

—Eres una mujer increíble —Olivia agradeció el cumplido con una sonrisa—. Me has salvado en muchos sentidos, y es posible que algún día sepas cuánto —ella no se esperaba las palabras de él, pero los ojos de Can miraban un punto en el horizonte lejos de la atención de ella.

—Tú también me has salvado —le retribuyó.

Can volvió sus azules ojos hacia ella y le brindó una sonrisa tan auténtica, que el corazón de Olivia aterrizó en sus pies porque durante un instante había deseado algo imposible. Amar a ese hombre tan especial, y que la había hecho sentir como una mujer auténtica.

—Podría tenerte así toda la vida —le dijo él.

Ella sabía que se refería a tenerla suspendida entre sus brazos, y, curiosamente, nunca se había sentido tan segura y cómoda.

—¡Bésame, y vuelve a demostrármelo!

Pero Can no pudo atender su ruego porque dos hombres que ella no había visto surgieron de la nada y asieron por los brazos a su amante que se volvió hacia ellos completamente sorprendido. Ambos vestían túnicas negras, y uno de ellos portaba una pistola en la mano.

—¿Qué demonios? —Can no pudo continuar la frase, un golpe dado con la culata de una pistola lo dejó inconsciente en el suelo.

Olivia abrió la boca para lanzar el alarido de ayuda cuando una mano se la cubrió con brusquedad. Ella, por instinto, la cerró con fuerza mordiendo con saña la carne que se alejó de sus dientes lanzando un insulto violento.

—¡Putá!

Olivia no se esperó el golpe que la atontó por un segundo. Cayó de rodillas al suelo, pero un segundo después el brazo que antes había dejado inconsciente a Can la alzó sin ceremonia alguna y la volvió a sentar sobre la barandilla para dejarla suspendida en el vacío.

—Reza antes de reunirte con tu creador —Olivia no comprendía nada, un segundo después la golpeó, el golpe recibido en la cabeza le provocó un martilleo y unas náuseas que no controlaba.

—¿Por qué? —logró preguntar con un hilo de voz.

—Porque eres una mujer muy rica —contestó el hombre—, y alguien quiere verte muerta —las palabras la golpearon con brutalidad, y de pronto fue consciente de que pretendían tirarla por la borda, y ella no podía hacer nada salvo patalear y gritar.

Sus esfuerzos resultaron en vano.

—¡Can! —la llamada de auxilio quedó suspendida en el aire, los brazos la empujaron con tanta fuerza que Olivia comenzó a caer al vacío sin poder sujetarse a nada.

Manoteó con sus manos el aire sin dejar de mirar los ojos negros de su asesino. Por un segundo, la histeria se apoderó de ella, e inmediatamente fue reemplazada por una pena profunda. Su espalda dio de lleno en el agua fría y la cabeza se contorsionó de forma precaria causándole un dolor intenso. La altura desde la barandilla del barco era demasiado elevada, el remolino de las hélices la hundió en la profundidad sin que pudiese impulsarse para salir hacia la superficie. El agua revuelta la hacía girar y la arrastraba hacia abajo pero Olivia no era tan frágil como le había parecido a sus asesinos, la decisión de sobrevivir ardía con fuerza en su mente y le dio el coraje que necesitaba para luchar por mantenerse a flote, pero algo la empujaba hacia abajo: hacia las oscuras profundidades.

Olivia ignoraba dónde había caído pero no importaba.

El nudo de su bata se cerró en torno a su estómago aprisionándolo, y haciendo que el aire se escapara de sus pulmones con pasmosa facilidad. Ante la falta de oxígeno comenzaron a trabajar con agua salada que ella introducía en su cuerpo en cada bocanada. Luchó tenazmente hasta que la

corriente la atrapó de nuevo y la arrastró en un remolino hacia la oscuridad. Las aguas la embestían y se cerraron sobre ella por segunda vez, manoteó fieramente tratando de soltarse de aquello que la sujetaba antes por la muñeca, ahora por el tobillo, tiraba insistentemente hacia abajo y ella pateó furiosa intentando soltarse.

Sintió que algo la golpeaba en la cabeza, y el vacío se cernió sobre ella.

5

Cuando despertó, no reconoció el lugar, pero supo que estaba en un hospital pues olía a desinfectante. La cabeza le dolía terriblemente, y le costaba respirar, de repente lo recordó todo.

Había estado a punto de morir ahogada. La habían lanzado por la borda como un bulto molesto.

—¡Has despertado!

Olivia giró el rostro y miró la cara del hombre que estaba inclinado sobre ella.

—¡Can! —exclamó al reconocerlo.

—Intentaron asesinarte —le dijo él.

Cuando lo escuchó, rompió a llorar. Charles no solo la había hecho muy desgraciada, sino que había intentado matarla.

—Creo que ha sido mi esposo.

En los ojos del hombre asomó un brillo de ira que ella no había visto hasta ese momento.

—Es cierto —le explicó él—. Contrató a dos hombres para que te lanzaran por la borda.

Como ellos habían estado juntos desde la discusión, no habían encontrado la forma de hacerlo, hasta que ambos hicieron el amor en la popa del buque.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

—Ese cretino ha sido detenido —le informó—, y pasará el resto de su vida en una cárcel de Estambul. Yo me ocuparé de ello personalmente.

Olivia parpadeó al escucharlo.

—Nunca lo creí capaz...

No podía continuar de lo conmocionada que estaba.

—Te recuperarás —le dijo él.

Ella, se quedó pensativa. Toda su vida había sido un completo desastre. Un cúmulo de errores y desaciertos, y entonces conoció al hombre más enigmático y apasionante de todos.

—Nunca lo creí capaz de algo así —susurró con voz aguda.

Can la miró, pero no sólo con deseo, la contempló como sólo un hombre seguro de lo que siente podía hacerlo.

—Te divorciarás inmediatamente de él —le escuchó decir.

Olivia parpadeó con asombro.

—¿Divorciarme? —preguntó mirándolo fijamente.

Can le sonrió de oreja a oreja.

—Te he encontrado, y no te dejaré marchar.

De repente un hombre vestido con bata blanca comenzó una charla con Can que una lengua que ella no entendía. Mientras ambos hombres continuaban hablando, ella se dedicó a pensar en su vida pasada, en la relación tóxica que había mantenido con un hombre que no la quería.

Con Can había conocido realmente la pasión amorosa. Con Charles sólo tenía una vida aburrida y rutinaria, y agradecía el viaje que había comenzado porque de ese modo había podido conocer al hombre más impresionante, apasionado, y viril de todos.

¿Cómo había podido perder el juicio de la manera que lo había hecho? ¿Porque se había entregado a él y deseaba hacerlo de nuevo?

Cuando Can se giró hacia ella, Olivia se puso nerviosa.

—El doctor dice que puedes abandonar el hospital.

A Olivia le entró el pánico.

—Tengo que volver al barco —dijo en un susurro.

Can hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El RMS Olympic no te ha esperado —ella se descorazonó al oírlo—, pero recuperé tus pertenencias y las envié a mi hogar en *Sultanahmet*.

—No sería correcto —comenzó a decir ella.

Can la interrumpió.

—En mi hogar te recuperarás —la voz de él no admitía discusión—. Cuando estés preparada decidirás si que te quedas conmigo o no.

—¿Quedarme contigo? —le fallaba la voz.

Can la miró de forma enigmática.

—Te he encontrado, has llegado a mi vida, no pienso dejarte marchar a menos que sea lo que realmente quieres.

—¿Pero no conoces nada sobre mí? —le dijo ella que seguía abrumada por todo.

—Conozco lo más importante, y tenemos el futuro para hacerlo de forma completa.

Ella suspiró indecisa.

—Tengo una hija...

Él la interrumpió.

—Que será bienvenida en mi hogar junto a su madre.

Olivia sentía deseos de llorar.

—No sé qué decir.

Can se sentó en el borde de la cama del hospital.

—No necesitas decir nada —le dijo él—. Te ofrezco la oportunidad de que me conozcas. De que aprendas que en nada me parezco a ese imbécil que tienes por marido.

—¿De verdad deseas que me quede?

Can la taladró con la mirada.

—Hasta el fin de mis días...